

do vi desierta aquella gran plaza, en la que se elevaba como un espectro de bronce, la estatua del anciano emperador, con su águila rara de erizadas plumas, forzoso me fué reconocer la capital de los reyes francos, y saludar con respeto la ciudad imperial, como la llaman todavía hoy sus habitantes.

No haremos la historia de Aix-la-Chapelle. Una sombra colosal se levanta entre la ciudad moderna y la ciudad antigua; esta es la de Carlo-Magno, que nació en ella en 742, y murió allí en 814. Parece que en aquella ciudad no había nada antes, y que no hubo nada después.

Es que Carlo-Magno, ó mas bien Karl, el Grande, verdadero rey teuton, amaba á Aix-la-Chapelle, su ciudad alemana, mucho mas que á París, su ciudad francesa. Así, todavía hoy, Aix-la-Chapelle está toda llena con sus recuerdos, y no hay una antigua piedra á que el pueblo no una el recuerdo de su antiguo emperador.

LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES RELIQUIAS.

Mi primera escursión al salir de la fonda del Gran Monarca, que había elegido para mi residencia, fué á la gran plaza que había atravesado al salir el sol, y que volvía á ver en toda la plenitud de su estilo. La estatua del emperador Carlos, del género de la época de Maximiliano; su antigua águila de bronce con plumas de un color oscuro y erizadas; su palacio macizo del siglo XIV, con su torre de Granus y la del Mercado, constituyen efectivamente la ciudad donde se coronaron todos aquellos emperadores, espectros históricos que se nos aparecían en sueños, arrastrando en la noche del pasado sus sudarios de bronce.

Como decíamos, el ayuntamiento, edificado en el siglo XIV por el burgomaestre Choro, está situado en el mismo sitio en que debía construirse el palacio del grande emperador. Ninguna parte del edificio data de aquella época, es verdad, pero al echar en 1730 los cimientos de su inmensa escalinata, descubrió el arquitecto Conven, á una profundidad de quince pies, una vasta escalera circular, que por la solidez de su construcción podía con alguna seguridad hacerse remontar al siglo VIII. Este descubrimiento cambió en convicción la probabilidad tradicional de que el ayuntamiento gótico estaba situado en el sitio mismo en que se elevaba el palacio romano.

Aquel palacio del ayuntamiento, muy notable por lo demás, al exterior, no conserva

en lo interior ningún gran recuerdo particular; por otra parte, el tiempo y las necesidades del consejo municipal, han cambiado sus disposiciones; el salón de la coronación de los emperadores, que tenía ciento sesenta y dos pies de largo, se ha creído demasiado grande, y hoy está dividido en dos por un tabique: parece que se ha acomodado á la talla de los que le ocupan.

La antigua catedral, aunque ha sufrido algunos cambios sucesivos, continúa siendo, sin embargo, la catedral construida por Carlo-Magno. Se entra en ella por la misma puerta que entró el lobo, y el animal espiatorio está todavía sentado á la izquierda del pórtico, sobre su pedestal de bronce, en memoria del servicio que prestó á la ciudad. Cuando pasó Napoleón por Aix-la-Chapelle, el moderno Carlo-Magno le tocó con la punta de su espada, y fué enviado á París con las columnas de granito que sostenían la rotunda del templo; frente al lobo está en una columna paralela á la suya, una enorme pila de bronce, cuya significación ignoro completamente. Acerca de esto hice muchas preguntas á los habitantes, pero generalmente me respondían que era el alma del pobre lobo (1). A falta de explicación mejor, forzoso me fué contentarme con esta.

Entré en la catedral: en medio del octógono está la tumba de Carlo-Magno, es decir, una piedra colosal á flor de tierra con esta sencilla inscripción: CAROLO-MAGNO. Encima de ella hay una araña enorme de plata, que tiene la forma de una corona: es un presente de Federico I á la iglesia, ó mas bien, un homenaje á la memoria de Carlo-Magno.

Desgraciadamente para el poeta ó el historiador que van á inclinarse ante ella, aquella tumba no es mas que un sarcófago; y aun había desaparecido completamente, y borrado de la superficie por dos invasiones sucesivas de normandos, se ignoraba hasta el sitio donde yacía el grande emperador cuando en 997 mandó Othon III hacer escavaciones, y al fin volvieron á descubrir el panteón; estaba tal como cuenta la crónica, con su pavimento de oro, tapizado con banderas, y su anciano emperador sentado. Sea piedad ó impiedad, Othon puso su mano en Carlo-Magno; su cuerpo fué depositado en una urna de plata. El trono en que estaba sentado se sacó del sepulcro, así como la cruz de oro, la corona, el globo, el libro de los Evangelios y la espada, cuyos objetos sirvieron después en la coronación de los emperadores, y que en medio de las revoluciones sucesivas, se han extraviado, de modo que de todo aquello no queda mas que el trono, y aun este despojado de la hoja de oro que le cubría; la misma lápida del sepulcro desapareció, y fué reemplazada por la que hay hoy, encontrándose la primera en la pared de la parte izquierda de la iglesia.

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

Mientras que con la cabeza inclinada sobre la losa cineraria del antiguo emperador, recordaba algunos versos del precioso monólogo de Carlos V, se me acercaron dos hombres ofreciéndose á enseñarme uno el trono, y el otro las pequeñas reliquias; pregunté si no podía entenderme para todo con uno mismo, sabiendo las consecuencias desagradables que ocasiona de ordinario para la bolsa del viajero ese cambio de cicerones. Mas me respondieron que el trono pertenecía al sacristán, y las pequeñas reliquias al pertiguero. Esta división de empleo me pareció tan bien hecha, que comprendiendo que no daba lugar á reclamación, dije al pertiguero me esperase y seguí al sacristán.

Me hizo subir por una escalera de piedra al piso principal, llamado Hochmünster. Aquí es donde está aquel famoso trono de que tanto se habla en las crónicas, en el que estaba sentado Carlo-Magno en su panteón, y en el que, en memoria de este hecho, se sentaban los emperadores el día de su coronación. Está cubierto con una tapa de tablas que se abre por medio de una llave; no, ¡ay! para conservar las planchas de oro que le cubrían, porque según dijo el guía, las necesidades de la iglesia han obligado al cabildo á venderlas, sino para sustraerle á las miradas de los curiosos, que si podían verle gratis privarían con esa facilidad al sacristán de los únicos gages que probablemente le proporciona la iglesia.

Es un gran sillón de mármol macizo, de forma romana, como los que se ven hoy todavía en ciertas basílicas, colocado sobre cinco escalones, y que debe efectivamente ser de la época cuya fecha lleva. Mi sacristán viendo la veneración con que yo le miraba, me dijo, que el emperador Napoleón no se había atrevido á sentarse en él; sin duda, añadió, porque era un usurpador; pero que por la noche la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, había mandado abrir las puertas, subió sola al Hochmünster, y aprovechándose de que en aquella época no estaba todavía el trono encerrado, se había sentado en él irreligiosamente; pero que al punto se oyó un grito, subieron y se encontraron á la emperatriz desmayada.

Al volver en sí había contado que apenas estuvo en el trono se la había aparecido el emperador Carlo-Magno y la había predicho cosas tan temibles, que en parte por espanto del presente y en parte por recelos del porvenir, no había tenido fuerzas para oírlos, y pidió socorro. Mi sacristán no dudaba que en aquella conferencia entre la emperatriz y el espectro se había tratado de Leipsick, de Waterloo y Santa Elena.

Hallábame yo á mi pesar bajo la influencia de las poéticas tradiciones que han acompañado la sombra del antiguo emperador á través de los siglos. Veía á Napoleón negándose á colocarse en aquel trono y á Josefina, la indolen-

te y curiosa criolla, yendo furtivamente á sentarse en él, cuando mi hombre equivocándose sin duda en cuanto á la causa de la atención con que miraba yo el régio sòlio, después de haber inspeccionado el Hochmünster y la escalera que á él conduce, se me acercó y me dijo á media voz que por cinco francos podía sentarme en el trono, y experimentar por espacio de cinco minutos una satisfacción imperial. Era mal elegido el momento para hacerme semejante ofrecimiento; le respondí, pues, que no tenía la pretensión de ser mas atrevido que Napoleón, y que no quería esponerme á la cólera de Carlo-Magno, como había hecho Josefina. Entonces el buen sacristán, que veía se le escapaba la moneda de cinco francos por su misma culpa: movió la cabeza.

—¡Oh! caballero, me dijo, se cuentan una porción de tontunas por ese estilo; pero en el fondo acaso no sea cierto.

Le di tres francos por aquellas tonterías, ciertas ó no, lo cual le consoló un poco al parecer, y me dirigí á donde estaba el pertiguero.

Este sabía mejor su oficio. Antes de entrar en la sacristía, me dijo:

—Caballero, sabéis que ver las pequeñas reliquias cuesta siete francos.

—No, le respondí, no lo sabía; pero eso no importa si esas pequeñas reliquias lo merecen.

—¡Oh! ya lo creo, caballero.

—Y bien! vamos; ¿qué me enseñareis por siete francos?

—Os enseñaré el cingulo de Nuestro Señor Jesucristo, de cuero.

—¿Su verdadero cingulo?

—¡Oh! caballero, ¡ya lo creo! El emperador Carlo-Magno le selló por sí mismo en sus dos extremos con su sello, en prueba de que es el mismo.

—¡Ah! ¡ah!

—Os enseñaré parte de las cuerdas con que fué atado Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ah!

—Os enseñaré un fragmento de uno de los clavos que sirvieron para clavarle en la cruz; parte de la esponja empapada en hiel y vinagre que sus verdugos le presentaron, y parte de las disciplinas con que fué azotado.

—¿Me enseñareis todo eso?

—Y no es eso todo.

—¡Si!

—Os enseñaré el cinturón de la Virgen, la cabeza de San Anastasio, el brazo con que el gran sacerdote Simeon tuvo al Niño Jesus, la sangre y los huesos de San Esteban mártir, sobre lo que los reyes romanos prestaban sus juramentos; un anillo de la cadena que tenía San Pedro en su prisión, aceite de Santa Catalina, y...

—¡Todo eso por siete francos!

—Si, caballero, es como quien dice, por nada; pero ¿qué quereis? hay tan poca religion

en nuestra época, que es preciso bajar el precio; hace cien años no habiéndose visto todo por un luis.

—¡Diantre! entonces he hecho bien en venir al mundo en 1803.

—Pero también, si queréis dar más, no está prohibido.

—Lo concibo; pero con vuestro permiso me atrevo al precio corriente.

—Es que aun no os he dicho todo lo que hay aquí.

—¿No me habeis dicho todo?

—¡Oh! no, caballero, tenemos además cabellos de San Juan Bautista; maná; fragmentos de la vara de Aarón; las tres reliquias que tenía Carlo-Magno al cuello en su sepulcro.

—¿Y qué son?

—Un frascito de cristal que contiene cabellos de la Virgen, su retrato, pintado por San Lucas, y un pedazo de la verdadera cruz.

—¿El mismo que había sido llevado por un ángel, y que perdido por Pepino, fué reconquistado por Rolando del gigante de la esmeralda?

—El mismo, caballero; y además el cuerno de caza de marfil de Carlo-Magno, su cabeza y su brazo; además.... En fin, caballero, ya veis cuanto hay que ver por siete francos.

Exhalé un profundo suspiro viendo profanadas de este modo las cosas santas, y entré. El pertiguero me enseñó todo lo que había dicho, me explicó cada cosa con su voz de perito tasador, tocando irreligiosamente todos aquellos objetos, cuya antigüedad, al menos, hubiese debido respetar.

El hecho es que una parte de esas reliquias, que la codicia más que la religión ha conservado, la envió al emperador Carlo-Magno en 799, Juan, patriarca de Jerusalén; que otra parte se la regaló Aarón, rey de Persia, quien le hizo al mismo tiempo donación de Jerusalén y los Santos Lugares, herencia que es ya tiempo de reclamar, y las demás se las enviaron de Constantinopla, como lo hizo él mismo constar en un diploma sellado con su sello.

Besé el fragmento de la cruz, porque si no había tocado á Jesucristo, había tocado á Carlo-Magno.

En seguida pedí permiso para ver las grandes reliquias, porque sabía que existían aun otros objetos santos, que espuestos cada siete años, habían atraído, por ejemplo, á Aix-la-Chapelle en 1496, ciento cuarenta y dos peregrinos, los cuales habían dejado de limosna en el cepillo de la iglesia 80,000 florines de oro.

Desgraciadamente, no se esponen más que cada siete años, y en el intervalo á nadie se enseñan sino á las testas coronadas; como yo no estaba comprendido en esta categoría, ofrecí al pertiguero elevar la suma de siete francos á quince, si quería considerarme como un emperador, ó al menos como un rey. Me respondió que por quince francos me considera-

ría mucho más que todo eso, pero que no tenía la llave. Debo decir de paso que esta falta de confianza le hería al parecer profundamente.

Las grandes reliquias se componen:

1.º Del vestido que tenía puesto la Virgen cuando nació Jesucristo. Es de algodón, y tiene cinco pies y medio de largo.

2.º De las mantillas que envolvieron al Salvador en el pesebre.

3.º Del lienzo sobre el que fué decapitado San Juan Bautista.

4.º De la tela que ciñó la parte inferior del tronco de Nuestro Señor en la cruz.

Todas las reliquias están empaquetadas cada una en una tela de seda, que se corta en cada exposición, y cuyos pedazos se distribuyen entre las personas presentes.

Por lo demás, el pertiguero, al parecer, no hacía mucho aprecio de las grandes reliquias, y si yo hubiese querido tan solo darle diez francos en vez de siete, creo me hubiera confesado que no creía en ellas.

LOS DOS JOROBADOS.—EL FRANKENBERG. —LA CALLE DE LOS DUENDES.

Un carruaje que había yo alquilado para hacer una correría por las inmediaciones de Aix-la-Chapelle, me esperaba á la puerta de la iglesia. Monté en él, y mandé al cochero me condujese al mercado de los Pescados; porque el mercado de los Pescados es célebre, no solo por sus anguilas del Mosa y sus carpas del Rhin, sino también por una antigua tradición que se remonta al día de San Mateo del año de Nuestro Señor 1349.

El día, pues, de San Mateo del año 1349, un pobre músico jorobado que había tocado en el baile de una boda en una aldea, se volvía con los tres florines que había ganado metidos en su bolsillo, cuando al llegar á la lonja le asombró ver la plaza del Pescado perfectamente iluminada. Acababan de dar las doce de la noche en la catedral, y como no era esta la hora del mercado, el pobre músico, creyendo que aquella noche se celebraba en Aix alguna festividad particular de que su calendario no le había prevenido, se dirigió hácia las luces, esperando que si como creía, se regocijaban allí, su violín no sería peor recibido que en otra parte.

En efecto, hallábase en la plaza una alegre reunión; todos los puestos de los vendedores de pescado estaban iluminados con tal profusión, que el músico se preguntaba cómo ha-

bían podido encontrar tantas bugías en la ciudad. Humeantes viandas estaban servidas en platos de oro; los vinos más esquisitos reflejaban en vasijas de cristal sus colores de topacio y de rubí; en fin, un gran número de señoras jóvenes de las más elegantes, y caballeros perfectamente vestidos hacían honor al banquete, que tocaba á su fin. Al ver aquello, no dudando el músico que se hallaba en medio de un conventículo, quiso huir; más al volverse, se encontró tras de sí pages y lacayos que le cerraron el paso, y le mandaron en nombre de su señor y su señora, subiese en una mesa y tocase el violín.

Jamás el pobre músico, que aun en estado de completa tranquilidad tocaba con compás con gran trabajo, había estado en disposición de tocar peor; cuando con gran admiración suya, á la primera vez que pasó el arco, sus dedos se pusieron á recorrer las cuerdas con una rapidez y tal precisión en el compás, que hubiesen hecho honor á Paganini ó á Beriot. Al mismo tiempo se oyeron en el espacio sonidos de tan gran suavidad que el pobre diablo no podía creer fuesen producidos por él, y eligiendo cada caballero su pareja, comenzó un vals diabólico, uno de esos walses como los de Fausto y como los describe Boulanger, precipitándose, agolpándose, retorciéndose con los mil repliegues de una inmensa serpiente, y todo esto con gritos de júbilo, carcajadas, contorsiones tan estrañas, que le sobrecogió un vértigo al músico sobre su mesa, y no pudiendo contenerse en su sitio, saltó de su improvisado trono, se lanzó de un brinco en medio del círculo, y allí, saltando ya sobre un pie, ya sobre el otro, llevando de ese modo el compás cada vez más rápido concluyó á su vez por gritar, reír, y patear con tal fuerza que al fin del baile, estaba tan cansado como los que walsaban.

Entonces una hermosa dama se aproximó á él llevando en una bandeja de plata una copa de oro llena de vino delicioso, que el músico bebió hasta la última gota; al mismo tiempo le quitaban dos pages su vestido, y la dama aplicándole la bandeja á su joroba, cogió un fino cuchillo de hoja de oro, y sin el menor dolor le quitó la escrescencia que había llevado hasta entonces pacientemente entre sus hombros. Al fin, un caballero de buena presencia, echó en la copa vacía, y para reemplazar al vino que había bebido, un puñado de florines de oro que sacó de su escarcela: el pobre músico viendo que hasta allí no le habían hecho más que beneficios, dejaba obrar á los apuestos señores y lindas damas, confundiendo en excusas sobre el trabajo que se tomaban, cuando de repente cantó un gallo en las inmediaciones; en el mismo instante, bugías, cena, vinos, damas, caballeros, pages, todo desapareció como si la misma boca de la nada hubiese dirigido su soplo allí, y se encontró solo en la oscuridad, sin

joroba, con su violín y su arco en una mano, y en la otra su copa llena de oro.

Permaneció un momento completamente aturdido, como si acabara de tener un sueño, más habiéndose tranquilizado poco á poco, vió que estaba muy despierto, hablándose á sí mismo, y felicitándose en alta voz de la dicha que había tenido. Tomó el camino de su casa, tocó á la puerta y llamó. Su muger se levantó al punto y fué á abrirle; más al ver á aquel hombre perfectamente derecho, en quien esperaba hallar un jorobado, volvió á cerrar apresuradamente la puerta, creyendo que era un ladrón que para penetrar en su casa había imitado la voz de su marido. De modo, que el pobre diablo por más que hizo, á pesar de lo que dijo, se vió obligado á pasar la noche en el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su casa.

Al día siguiente por la mañana, el pobre músico hizo una nueva tentativa, y mas feliz que por la noche, consiguió ser reconocido por su mitad. Verdad es que la buena muger, viendo un hombre recto y rico en vez de un hombre pobre y jorobado, probablemente concedió algo al acaso, conociendo que no perdía en el cambio. Entonces la refirió el músico todo lo que había pasado, y su muger, que como se ha podido adivinar, era una muger de sentido, le aconsejó diese de limosnas la cuarta parte de su oro, y como con el resto tenían para vivir tranquila y honradamente, que colgara, á manera de *ex voto* el milagroso violín debajo de la efigie de su patrono. Era este un buen consejo; así que el ex-jorobado lo siguió al pie de la letra.

Como se concibe, la aventura hizo mucho ruido en Aix-la-Chapelle; los unos quedaron contentos, y éste era el mayor número, porque el pobre músico era generalmente apreciado; otros se afligieron, y estos eran los envidiosos.

Ahora bien, entre estos últimos se contaba un músico jorobado del pecho, que á causa de este achaque, no pudiendo tocar el violín como su colega que era jorobado de la espalda, tocaba el clarinete, y el cual por la inferioridad del instrumento que se había visto obligado á adoptar, le tenía jurado hacia mucho tiempo un odio mortal al pobre violinista. Naturalmente, pues, había sido uno de los que mas sintieron la felicidad que había tenido, sin embargo, fué de los primeros que se presentaron con rostro alegre á felicitarle por su buena suerte, encontrándole no obstante peor que cuando era jorobado, é hizo le refiriese la historia con sus menores detalles. Cuando se hubo enterado bien, partió, y con arreglo á lo que le dijeron, formó su plan.

Desgraciadamente debía pasar un año antes que lo pusiese en ejecución, y para el pobre jorobado, fué este año un siglo. Por fin, llegó el día, ó mas bien la noche de San Mateo: cogió el músico su instrumento, se fué á

tocar para que bailasen á la aldea donde un año antes habia ido su colega, y al dar la media noche volvió por la misma puerta, de modo, que á las doce y algunos minutos se encontró en la plaza del mercado del Pescado, y en cuanto llegó, grande fué su alegría, porque estaba iluminado como un año antes; las mismas damas y los mismos caballeros estaban sentados en un banquete semejante, pero tan alegre como el otro parecía, éste parecía triste. No por eso dejó el músico de llevar su clarinete á la boca y acompañaron al punto los mochuelos y buhos, colocados en los santos de piedra de la catedral: cogieron-se los fantasmas de la mano, y en vez de aquella loca alegría con que habían danzado un año antes, empezaron un grave y triste minuet, que concluyó con reverencias afectadas y tiesas; como sería de rigor en estatuas de mármol tendidas sobre los sepulcros. No obstante, la dama que un año antes habia dado al buen violin la recompensa que tanto ambicionaba el envidioso clarinete, se aproximó al músico, y cuando los dos pages le hubieron abierto su jubon, operación que dejó hacer con una paciencia notable, le aplicó en la espalda la bandeja de plata. Mas como era la bandeja donde se habia conservado cuidadosamente la joroba de su colega, y la aplicación se hacia precisamente en el mismo sitio, la joroba prendió al instante mismo, de modo, que habiendo en tanto cantado el gallo todo desapareció, y el clarinete se encontró jorobado por delante y por detrás.

Cada músico habia sido recompensado según sus méritos.

Salimos de Aix-la-Chapelle por la puerta de Borcette, á fin de ir, como todo viajero debe hacerlo, á probar las aguas minerales. Las de Borcette, como todas las aguas minerales, son detestables.

Al salir de Borcette bajé del carruage, y mi cochero, despues de haberme enseñado en el centro de un grupo de árboles las ruinas de Frankenberg, me señaló un caminito que conducía á él. Le seguí exactamente; corría á su lado en la estension de ciento ó ciento cincuenta pasos un arroyuelo humeante, cuya templada humedad me pareció conservaba las plantas con un hermoso verdor; despues atravesé el Felsembach. Me perdí un instante en la espesura, hasta que al fin me encontré á la puerta de la quinta. A esta quinta es donde van á enjuagarse la boca con el makey, los que han bebido el agua de Borcette. Mas como nuestros lectores no encontrarán probablemente la palabra makey en la *Cocinera de la clase media*, sabrán que es simplemente una mezcla de crema, canela y azúcar, de sabor muy agradable.

Recorrí las ruinas, y vi el lago donde estaba sumergido el anillo de Falstrade (1). Cuan-

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

do el castillo era nuevo, y el agua del lago estaba pura, debía ser esta una deliciosa mansion, y se comprende fácilmente, dejando la magia aparte, la predilección que el buen emperador tenia por aquel sitio.

Sin embargo, como no podia yo, menos feliz que él, pasar allí mi vida, volví á subir al carruage, y despues de haber seguido por algun tiempo los baluartes exteriores, hicimos un rodeo, y llegamos, siempre en carruage, á la cima del Loosberg; éste es el sitio donde Satanás, rendido de llevar su mogote, le dejó caer (1): no hace mas de treinta años era todo arenoso, y tal como habia salido de sus manos. Mas desde el año 1807, época en que especialmente dejó de creerse en el diablo, la antigua montaña de la Astucia ha sido trasformada en jardines, y su árido suelo ha desaparecido bajo una capa de verdura, en medio de la que han brotado en confusion, árboles, cafés y casinos.

El Salvatorsberg ha permanecido mas fiel á sus antiguas tradiciones, y no se encuentra mas que las ruinas de una antigua iglesia erigida por Lotario I, y una especie de quinta que pertenece no sé á quien.

Entramos en Aix-la-Chapelle por la puerta de Colonia, y como yo se lo habia encargado, mi cochero se detuvo en la callejuela de los Duendes; tambien va unida á esta pequeña calle una antigua tradición, que le ha dado el nombre de *Hinzen-Geeschen*.

Habia en otro tiempo en el país de Limbourg, en el sitio mismo en que se ven hoy las ruinas del castillo de Emmaburgh, que gracias á la tiranía de Federico Guillermo no habia yo podido ver sino descoyuntándome el pescuezo, inmensos subterráneos cuyo fin nadie habia podido ver; estos subterráneos, desiertos en apariencia de día, eran por la noche la mansion de esos buenos duendes de la familia de los Trilby, cuya historia nos ha escrito Nodier; estos preciosos hijos de la Tierra, de inocentes maldicias y locas alegrías, se reunian desde que el sol se habia puesto, y permanecian hasta la una de la madrugada colocados al rededor de largas mesas, entonando canciones en un idioma desconocido, y bebiendo en copitas de oro, cuyo choque imitaba tan perfectamente el sonido de una campanilla, que un día un pastor, que habia perdido su vaquilla, creyendo que se habia metido en los subterráneos bajó á ellos guiado por el sonido, y vió á aquella alegre y subterránea reunión bebiendo sus esquisitos vinos y cantando sus locas canciones. Entonces comprendió que aquel sonido que habia creído el de la campanilla de su becerra, era el de las copitas de oro, y se retiró al punto, sin que los duendes, á pesar de haberle visto, le hubiesen hecho el menor mal.

Mas el pastor no les guardó el secreto co-

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

mo de él esperaban, y su primer paso, al salir del subterráneo, fué para ir á denunciar á su confesor á los diablillos que tan bien se regalaban: el confesar era un fraile severo á quien no agradaban las fiestas clandestinas, y que no queria se divertiese nadie mas que los días autorizados por el calendario. Hizo una cuestacion, reunió una considerable cantidad, edificó una iglesia en el sitio mismo por donde el pastor habia entrado en el subterráneo, colocó una cruz en su cúpula, y fué con toda pompa y séguido de la clerecía á la capilla á decir misa, y proceder allí á los exorcismos indicados por el ritual.

Pero no habia necesidad de tantas ceremonias: á la primer campanada los pobres diablillos de los duendes se vieron obligados á desalojar.

No obstante, los desterrados, privados de su antigua morada, habian elegido otro domicilio; y mientras en castigo de su indiscreción el pastor se iba muriendo de una enfermedad de languidez, se habian ellos instalado en los subterráneos de una torre situada entre las puertas de Colonia y de Sand-Kaul. Mas, ¡ay! los pobres diablillos no habian tenido tiempo, al dejar su domicilio, de llevarse el mobiliario que le adornaba; de modo que no tenían ni bandejas de plata, ni copas de oro; de modo que cada vez que tenían que celebrar alguna funcion, necesitaban tomar préstamo de los habitantes de las calles próximas, calderas, cacerolas y vasos; lo cual hacian entrando en las casas por las chimeneas, llevándose con gran estrépito los utensilios que necesitaban, y que los habitantes encontraban al día siguiente cuidadosamente colocados en sus puertas. Comprendieron, pues, que valia mas, cuando ciertas señales como el chisporroteo del fuego, el relincho de los caballos, el estremecimiento de la batería de cocina, les anunciaban que era día de fiesta entre los duendes, poner ellos mismos á la puerta de sus casas los utensilios que los visitantes nocturnos tenían costumbre de tomarles prestado, y obraron en su consecuencia. Los duendes, reconocidos, no hicieron ningun ruido, y los habitantes de las calles inmediatas á la torre, pudieron al fin dormir.

Mas sucedió que un día, dos valientes soldados que se hallaban alojados en la fonda del Salvage, situada precisamente en la calle que se llama hoy la callejuela de los Duendes, vieron al fondista que limpiaba las cacerolas con un cuidado especial, y que cuando estaban brillantes como plata las ponía á la puerta. Preguntáronle entonces con qué objeto se tomaba aquel trabajo, y habiéndoles dicho que para los duendes, se echaron á reír, y como eran hombres que á nada temian, y ni creían en Dios ni en el diablo, le dijeron:

—Está bien, entrad vuestras cacerolas, que nosotros vamos á colocarlas en la puerta, de modo que cuando vengan los duendes, en lu-

gar de toda vuestra batería de cocina, se encontrarán con dos espadas bien afiladas.

El fondista hizo cuanto pudo para impedirles cometer semejante imprudencia; mas los dos soldados se retorcieron los bigotes jurando por el santo nombre del Señor; de modo que el posadero les hizo una reverencia, y los dejó obrar á su voluntad.

Cuando llegó la noche, pusieron en efecto los dos soldados en el dintel de la puerta, que cerró el posadero tras de ellos; por algun tiempo los oyó hablar amistosamente, despues, cuando fueron ya las diez de la noche, les oyó levantar la voz, luego disputar, por último cruzar los accros: por algun rato pudo seguir el ruido de las espadas; cesó de repente, y le sucedió un profundo silencio.

Al día siguiente al rayar el día, salió el posadero y encontró á los dos soldados muertos; se habian batido y atravesado uno á otro.

Nadie dudó que aquello habia sido una venganza de los duendes; y habiendo llegado el rumor de la aventura á oídos del fraile, resolvió espulsarlos de la ciudad, como los habia espulsado ya de Emmaburgh: en su consecuencia, armado con un calderillo de agua bendita y un hisopo, bajó á los subterráneos de la torre, y los asperjó completamente, acompañando cada aspercion con las palabras poderosas que ya otra vez los habian espulsado.

Desde entonces abandonaron los duendes á Aix-la-Chapelle, y nadie sabe lo que ha sido de ellos; pero en memoria de su permanencia en los subterráneos de la torre, la calle en que se encontraron á los dos soldados muertos se llama todavía hoy *Hinzen-Geeschen*, ó callejuela de los Duendes.

Como no teniamos mas que ver en Aix-la-Chapelle, volvimos á la fonda del Gran Monarca, con la intencion resuelta de partir al día siguiente por la mañana, é ir á dormir á Colonia.

Así, pues, como ningun duende vino á desbaratar este proyecto, al día siguiente, á las seis de la mañana, pusimos en ejecucion su primera parte, dejando á Aix-la-Chapelle.

COLONIA.

Llegamos á las diez de la noche á Colonia. Como nuestro cochero no conocia la ciudad, nos condujo á un laberinto de calles pequeñas y terminó en una especie de zahurda llamada la fonda de Holanda. En Alemania, una vez entrado en una fonda á deshora, es cogido un

desventurado viagero como un raton en una ratonera. Se cierra la puerta detrás de él, y se ve obligado á esperar hasta el dia siguiente por la mañana para saber qué será de él. Nuestra desgracia redundó en provecho de la curiosidad. Al dia siguiente al amanecer, estábamos en las calles de Colonia.

Colonia debió su origen á un campamento romano. Un dia encontró Agrippa hermosa aquella posicion, y se estableció en la colina que se estiende desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la plaza de Santa María de las Escalinatas. Los campamentos romanos eran verdaderas fortalezas, con sus fosos, sus murallas y sus torres. Algunas miserables chozas que se habian levantado en la ribera oriental del Rhin, pasaron el rio y se apoyaron en el campo romano para pedirle su proteccion. Sucesivamente siguieron otras su ejemplo, y el antiguo campo de Agrippa se encontraba ya rodeado de una muralla de casas, cuando por fortuna nació allí Agrippina durante las campañas de Germánico. Fué ésta una razon para que Claudio enviase allá una colonia romana, que tomó el nombre de Colonia Agrippina, y dió al campamento el aspecto de una ciudad. Posteriormente Vitelio fué aquí proclamado emperador, y desde entonces se contó en los anales romanos, y ocupó su puesto en la historia del mundo.

Todavía hoy se puede seguir por las ruinas el recinto cuadrangular trazado por los romanos, aquellos poderosos constructores, y es fácil marcar los limites de la colonia de Agrippina en el momento en que Trajano la dejó, llamado por Nerva para dividir el imperio con él, es decir, á fines del primer siglo.

Desde entonces, Colonia, convertida en capital de la Galia Rhiniana inferior, fué considerada como una ciudad importante: el emperador Constantino hizo edificar en ella un magnífico puente, cuyo arco ha desaparecido, pero cuyos pilares todavía se descubren cuando las aguas del Rhin están bajas.

Entre estos dos periodos, es decir, por el año 220, los godos, en una de sus invasiones, quisieron destruir la ciudad naciente: y á esta invasion es á la que va unida la tradicion de las once mil vírgenes.

En 508 fué proclamado Clovis rey de Colonia. Por esta ciudad y por el punto llamado Dentz, es por donde los ripuarios ejecutaron su invasion. Pepino fué duque de Colonia antes de ser rey de los francos; Carlo-Magno, como hemos visto, hacia frecuentes visitas á esa ciudad; en fin, Othon el Grande la reunió al imperio germánico, la concedió grandes privilegios, y la confió á la proteccion de su hermano Brunon, arzobispo de Colonia y duque de Lorena.

En la edad media, es decir, á fines del siglo XIV, Colonia, que habia ido estendiéndose sucesivamente, era el apoyo mas poderoso de la federacion de las ciudades llamadas Hanses.

Entonces podia poner ella sola sobre las armas treinta mil combatientes, y poseia once colegiatas, cincuenta y ocho conventos, diez y nueve iglesias parroquiales, cuarenta y nueve capillas y diez y seis hospitales.

En el siglo XV comienza la decadencia de Colonia, el comercio de Flandes, del Brabante, y de la Holanda la mina; las proscripciones religiosas la sacan lo mejor de su sangre; en fin, en 1794, Colonia se convirtió en ciudad de la república. Hasta este tiempo, es decir, por espacio de mas de diez y seis siglos, habia conservado el patriciado romano, la toga de los cónsules, y los lictores con sus fascas. En 1814 fué ocupada por los rusos, y al año siguiente fué cedida á los prusianos, quienes para todo evento, la fortificaron, añadiendo siete torres á las ochenta y tres que ya tenia. Pero estas fortificaciones tienen un objeto muy extraño que se encuentra sistemáticamente aplicado en toda la línea del Rhin; y es el de amenazar á las ciudades mas bien que defenderlas.

En efecto, las provincias rhinianas, separadas violentamente de la Francia y dadas á S. M. Federico Guillermo como aumento de territorio, no están mas que hilvanadas á la Prusia, y al primer llamamiento se descosearian de ella. Su nuevo señor, separado ya de sus nuevos súbditos por el abismo religioso, que se hace cada vez mas profundo con la persecucion, y que no se ciega por la tolerancia, en vez de dejar á los habitantes del Rhin el código Napoleon que durante veinte años los habia regido; en vez de elegir de su mismo seno los funcionarios públicos que deben administrarles; en vez, en fin, de concederles el libre ejercicio de la religion que han recibido de sus padres, y que quieren transmitir á sus hijos, les arrebató poco á poco las leyes francesas para sustituirlas con el capricho prusiano; elige los empleados del gobierno fuera del territorio que están encargados de gobernar, y quiere que todo hijo de un padre protestante siga la religion de su padre, lo cual seria justo acaso en cualquier otro pais, pero que allí, donde solo hay porvenir en el enlace con los extranjeros, y donde todos los extranjeros son luteranos, se convierte en una suprema injusticia.

Contra esta última decision, cuyas consecuencias conocia, se pronunció Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, que ha tenido talento para ser mártir en una época en que no podia creerse posible serlo. En virtud del poder espiritual que habia recibido del papa, declaró, colocándose en oposicion con el poder temporal del rey, que no autorizaria á los sacerdotes para que bendijesen los matrimonios mistos, sino despues que los padres al contrario de lo que se habia ordenado por el real decreto, se hubiesen comprometido formalmente á educar á sus hijos en la religion católica, diciendo que á falta suya allí habia

pastores luteranos, y que para los que creyesen inútil el matrimonio ante Dios, quedaba el matrimonio ante la ley. Algunos dias despues de esta declaracion, el gobernador civil de la provincia y el coronel de la gendarmeria residente en Coblentza, se presentaron en Colonia, y despues de unirse al corregidor de la ciudad, fueron al palacio arzobispal. Introducidos á la presencia de Clemente Augusto, le intimaron la orden de obedecer las instrucciones del gobernador. El arzobispo respondió que en los negocios temporales estaba él sometido al rey, pero que en cuestiones espirituales no dependia mas que de Roma. Se le mandó entonces dimitiese de su arzobispado; mas respondió que nombrado por el papa, solo el papa podia suspenderle. Al oír esta respuesta, fué arrestado y conducido á la fortaleza de Minden, donde está libre, es verdad, pero libre en una ciudad protestante, y donde tiene por criados soldados vestidos de paisanos.

Es imposible figurarse el efecto que produjo este arresto; un febril escalofrio circuló por toda aquella línea de ciudades aletargadas bajo la dominacion estrangera, y que se despertaron de repente, recordando el tiempo en que eran libres. Bajo el pretexto de vigilar á los belgas y holandeses, en cuestion en aquella época acerca del Limbourg y el Luxembourg, dirigiéronse las tropas prusianas á las orillas del Rhin; la fortaleza de Chrenbreisten, que domina á Coblentza, punto central de la agitacion, se llenó de pólvora y erizó de cañones, cuyas bocas, á medida que se ponian invisiblemente en batería, se volvian como por sí mismas hacia la orilla izquierda del Rhin. El príncipe Guillermo, enviado al pais con la aparente mision de pasar revistas, se detuvo en Colonia, donde fué silbado, y fué á Coblentza á tomar parte en la fiesta que la provincia daba al general Borstel. He aquí con qué motivo se daba esta fiesta, y lo que pasó.

El anciano general Borstel, que mandaba en Coblentza desde 1827, terminaba su año quincuagésimo de servicios; con este motivo la provincia le dió una fiesta á que asistieron los enviados de todas las ciudades del Rhin y de todas las corporaciones administrativas. Terminada la revista que el general pasó en la plaza Mayor, y al fin de la que el príncipe Guillermo le presentó los regimientos como si le entregase por segunda vez el mando, hubo gran comida. A los póstrs preguntó el príncipe Guillermo, para procurar atraer hacia sí la atencion y los aplausos que se dirigian hacia el general, si no se acordaba nadie de alguna antigua cancion del Rhin; se levantó entonces un convidado, y cantó las siguientes estrofas, que traduzco aquí en su sencillez literal, pero no en su nativa rudeza:

Cantemos al rio en cuyas ondas
la libertad de nuestro pueblo estriba;
al Rhin cantemos con sus aguas hondas,
que antes que tributario al mar arriba,

baña la adorada vega
donde el racimo riega.
Del Rhin lo fino
es el vino.

Palabras que al tirano causan grima,
palabras consonantes en la rima.

Cantemos á ese liquido afamado
que la igualdad entre nosotros puso,
que de serviles, hombres ha formado,
que al poderoso con denuedo impuso.
Tras la copa que se empaña
es palacio la cabaña.
Del Rhin, etc.

Bebiendo el zumo de la cepa hermosa
que crece en tus orillas, fértil rio,
jamás sedujo á nadie farsa odiosa
del pueblo esclavo que aturde el desvario.
El corazon que es honrado
solo es feliz libertado.
Del Rhin lo fino
es el vino.

Palabras que al tirano causan grima,
palabras consonantes en la rima (1).

Estas tres estrofas fueron acogidas con frenéticos aplausos, que tampoco se dirigian esta vez al príncipe Guillermo; tanto, que se retiró muy descontento, y se pusieron nuevas tropas en movimiento, siempre bajo el pretexto de vigilar las fronteras belgas; pero resultó de todo esto que las ciudades de la ribera izquierda del Rhin, desde el puente de Kell hasta Nimega, no fueron mas que un largo reguero de pólvora, al que prenderia fuego la menor chispa. Una vez encendido, es difícil que el incendio, y sobre todo si conserva su lado religioso, no se comunique, si no al gobierno, al menos al pueblo belga, al que todas sus simpatias inclinarán á sostener á sus correligionarios.

La corte de Berlin no deja escapar jamás la ocasion de demostrar su rencor envidioso y contrarrevolucionario á la Francia. La Francia por su parte, tiene á Waterloo en el corazon, de modo que con un poco de buena voluntad entre nuestros ministros, las cosas pueden arreglarse á satisfaccion de todos.

Por lo que hace á nosotros, que tenemos fé en el porvenir, propondríamos al rey Luis Felipe, en lugar de ese ridiculo cartel en que se han hecho las armas de la revolucion de julio, acuartelar el antiguo escudo de Francia.

En el primer cuartel, con el gallo galo, con que tomamos á Roma y Delfos.

En el segundo, con el águila de Napoleon, con la que tomamos el Cairo, Berlin, Viena, Madrid y Moscou.

En el tercero, las abejas de Carlo-Magno, con las que tomamos la Sajonia, España y la Lombardia.

(1) Debo confesar que riman mejor en alemán que en francés, pero no soy dueño de elegir otras rimas. (N. del A.)

Con mas razon podemos decir nosotros eso, puesto que en nada se parecen RHIN y VINO en nuestro idioma. (N. del T.)

En el cuarto, las flores de lis de San Luis, con las que tomamos á Jerusalem, Mausourah, Tunez, Milan, Florencia, Nápoles y Argel.

Luego se añadirá esta divisa, que se procurará observar mejor que el rey Guillermo de Holanda lo ha hecho con la suya:

Deus dedit, Deus dabit.

Y tendríamos sencillamente el blason mas bonito de la tierra.

LA CATEDRAL.

Nuestra primera visita fué á la catedral.

El arzobispo Engelberg, por sobrenombre el Santo, fué quien concibió, hácia 1225, la idea de hacer construir una catedral; pero Conrado de Hochsteden, su sucesor, fué quien habiendo respaldado en 1247 pasar de la idea á la ejecución, hizo ir al primer arquitecto de la ciudad, y le mandó edificase un monumento que sobrepusiese en arquitectura religiosa á todo lo mas hermoso que hasta entonces se habia hecho. Ponia á su disposición para conseguir el objeto, el tesoro del cabildo, uno de los mas ricos del mundo; y las canteras del Drakenfels, la mas alta de las siete montañas.

Era esta una de esas proposiciones que vuelven loco á un artista, asi aquel á quien se habia dirigido el digno prelado salió del palacio arzobispal dudando aun de estar encargado de tan gloriosa empresa; no obstante, forzoso le fué creerlo, porque en el mismo dia Conrado le envió un saco lleno de oro para los primeros gastos.

El arquitecto á quien se habia dirigido el digno prelado era modesto como un hombre de genio; así, resolvió visitar las mas bonitas iglesias de Alemania, Francia é Inglaterra antes de comenzar la suya. Fué, pues, á ver al arzobispo y le pidió permiso para hacer su viaje. El arzobispo se lo concedió, á condición de que en el término de un año estaria de vuelta. El artista solicitó, pero en vano, algunos meses mas; ese fué todo el plazo que pudo obtener, tan deseoso estaba el arzobispo de ver poner su proyecto en ejecución.

Pasado un año volvió el arquitecto, mas indeciso que nunca. Tenia ya fija su idea mística acerca de su obra, es decir, que queria que el monumento tuviese dos torres para recordar que el cristiano debe levantar sus dos brazos al cielo; que contase doce capillas en memoria de los doce apóstoles; que fuese edificada en forma de cruz, á fin de que los

fieles no olvidasen ni un momento el signo de su redención; que el coro estuviese un poco mas inclinado á la derecha que á la izquierda, porque Jesucristo inclinó la cabeza al lado derecho al morir; en fin, que el tabernáculo recibiese luz por tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Pero esto no era, se puede decir así, mas que el alma del monumento; quedaba aun su cuerpo, su forma, es decir, la traducción visible de ese pensamiento religioso, tan poderoso en la edad media que hizo germinar cual la savia toda una vegetación de granito: esta forma era, pues, la que el arquitecto buscaba por la mañana, por la noche, á todas horas y por todas partes donde se encontraba.

Ahora bien, una tarde que el arquitecto, soñando siempre en su plan, habia pasado mas allá de las murallas sin notarlo, y llegado á un sitio del paseo llamado la Puerta de los Francos, se sentó en un banco, y con la punta de su baquetilla comenzó á trazar en la arena fachadas y perfiles de catedrales, borrándolas antes de concluir las, porque todas le parecían incompletas y mezquinas al lado del suntuoso monumento que los ángeles edificaban en su imaginación; en fin, á fuerza de diferentes tentativas, acababa de obtener un conjunto lleno de grandeza y magestad, que miraba ya con cierta satisfacción, cuando oyó tras de sí una voz estridente que decia:

—¡Bravo! amigo, he ahí exactamente la catedral de Strasburgo.

El arquitecto se volvió y vió en pie detrás de él con la cabeza casi apoyada en su hombro, un anciano de barba cortada en punta como la de un judío, ojos hundidos y centellantes y sonrisa sardónica, vestido con un traje negro de tal modo ceñido á sus miembros, que se hubiese podido tomar por la piel de un negro mas delgado que él, y con la que se hubiera hecho un vestido. Tal como se presentaba á nuestro arquitecto, el anciano no tenia aspecto para inspirarle una viva simpatía; mas como su observación era exacta, y como el artista acababa de reconocer que creyendo inventar habia recordado, en vez de defender su obra, respondió suspirando: «Eso es verdad.» Luego borró su obra casi sin terminarse, y volvió á comenzar otra. Mas apenas la baquetilla habia grabado sobre la movable lámina las primeras líneas de otro edificio, la misma voz áspera, acompañada de la misma sonrisa sardónica, exclamó:

—Perfectamente, ahí tenéis exactamente la catedral de Reims.

—Si, si, murmuró el artista, mejor hubiera hecho en no salir de aquí ni ver nada, porque no hay nadie verdadero creador mas que Dios.

—Y Satanás, murmuró el anciano con una voz que hizo estremecer al arquitecto.

Mas como un solo y eterno pensamiento

le absorbía, borró de nuevo las desventuradas líneas, sin inquietarse por el timbre metálico de aquella voz, y continuó de nuevo su tarea. Hacia un cuarto de hora que se mecía dulcemente en la ilusión que provocaba al advenedizo, quien murmuraba á su oído: Bien, muy bien, perfectamente, cuando el panegirista le hizo volver en sí de repente:

—¿Habéis viajado mucho, á lo que parece?

—¿Por qué?

—Porque despues de haber atravesado la Alsacia y visitado la Francia, habéis vuelto por Inglaterra.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El diseño de esa iglesia, que es la de Cantorbery.

El artista exhaló un profundo gemido. La crítica del anciano era terrible, pero verdadera. Borró, pues, el monumento con el pie, y cediendo á un movimiento de impaciencia, se volvió hácia el anciano, y presentándole su baquetilla

—¡Pardiez! mi maestro, le dijo, vos que sois tan buen crítico, ¿no podiais unir un poco el ejemplo al precepto, enseñándome á vuestra vez lo que sabéis hacer?

—Con mucho gusto, dijo el anciano, tomando la baquetilla, y siempre con su sonrisa.

El arquitecto quiso cederle su puesto, pero él, haciendo la señal con la cabeza de que no aceptaba, se apoyó con una mano en el hombro del artista, y con la otra comenzó á trazar sobre la arena nuevas líneas, á la vez tan atrevidas, tan elegantes y tan correctas, que el artista exclamó al punto:

—¡Ah! ya veo que somos hermanos.

—Dí, respondió el anciano haciendo un gesto, que tú eres estudiante y yo maestro.

—Estoy dispuesto á confesarlo, respondió el artista con la buena fé del genio; pero será preciso que yo viese para eso alguna cosa mas que líneas aisladas. El detalle no es nada, el conjunto es el todo.

—Eres bueno, y se puede hacer de tí alguna cosa, dijo el anciano; pero no me agrada hacer más.

—¿Por qué? dijo el arquitecto.

—Porque cogieras mi plano.

—¿Tambien teneis que edificar una catedral?

—Espero hacer una.

—¿Cuál?

—La de Colonia.

—¿Cómo! ¿la mía? ●

—¿La tuya?

—Sin duda, la mía.

—Si, si das un plano.

—Daré uno.

—Y yo tambien: monseñor Conrado elegirá entre los dos.

El arquitecto palideció.

—¡Ah! exclamó el desconocido gesticulando; esto te alarma, colega: ¿temes verte obligado á devolver el saco de oro que te ha enviado el

arzobispo, y que exceptuando cien escudos has gastado en hacer inútilmente tu viage por Francia é Inglaterra?

El arquitecto miró á su rededor, vió que anocheaba y que estaba solo con el anciano.

—Escucha, le dijo, no sé cómo has sabido que no me quedan mas que cien escudos del adelanto que me ha hecho monseñor Conrado; pero acaba el dibujo que habías comenzado, y esos cien escudos son para tí.

El anciano prorumpió en una carcajada, y sacando de su vestido una bolsita de cuero, la abrió é hizo ver al artista que estaba llena de diamantes de los que el que menos valia mil escudos de oro.

El arquitecto suspiró profundamente, porque vió que no habia medio de corromper á aquel hombre; así que permaneció inmóvil y consternado, porque á su pesar reconocía en el arquitecto extranjero una estraña é incontestable superioridad en su arte. En tanto, el anciano habia añadido negligentemente al plano comenzado algunas líneas tan maravillosamente atrevidas, que el arquitecto se convenció de que estaba perdido si tenia que luchar con semejante hombre. Entonces, delirante, fuera de sí, resolvió apoderarse por violencia de lo que no habia podido obtener por la corrupción, y cuando el otro se detenía de nuevo y le miraba con su risa burlona, le cogió por el brazo, y apoyándole su puñal en el pecho:

—¡Anciano! le dijo, acaba ese plano, ó mueres!

Apenas habia pronunciado estas palabras, se sintió cogido por el cuerpo y derribado hácia atrás, apoyándose una rodilla en su pecho, y su propio puñal arrancado de su mano, brillaba sobre su garganta.

—¡Ah! ¡ah! dijo entonces el anciano rechinando los dientes, corruptor y asesino! bueno, bueno; todavía hay alguna recolección de almas que hacer en este mundo, segun parece.

—¡Matadme! dijo el artista, no os burleis de mí.

—¿Y si no quiero matarte?

—Entonces, dadme vuestro plano.

—Estoy pronto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Primero levántate, dijo el anciano dejando á su enemigo, á quien hasta entonces habia tenido derribado en tierra, y volviéndole su puñal; estamos mal así para hablar, sentémonos.

Y el estraño hombrecillo se sentó en el extremo del banco, con una pierna sobre la otra, y las dos manos cruzadas sobre su rodilla, mirando al pobre arquitecto, que avergonzado se levantaba, y sacudiendo el polvo que habian cogido sus vestidos, permanecía en el mismo sitio.

—Veamos, aproxímate, le dijo el anciano, bien ves que no te tengo rencor.

—Pero ¿quién sois? exclamó el arquitecto.

—¿Quién soy? ¡Y bien! voy á decírtelo.